

Sanar las violencias sexuales : una práctica feminista que transforma el sentido del mundo

Informe del taller



Un informe de SUDS, con la colaboración de Actoras de Cambio de Guatemala.



Autoras: Rosa G. Graell y Carme Vidal Estruel.

Portada: col-lage de Lucrecia Baquero con ilustraciones de Andrea Stöckel.

Julio 2021

Este informe se enmarca dentro del proyecto ‘Tejiendo redes comunitarias para promover vidas libres de violencias machistas y transformar imaginarios y prácticas que sostienen violencia sexual, racismo y discriminaciones hacia mujeres indígenas de Guatemala’. La información contenida es responsabilidad de las autoras y de la organización SUDS. No refleja necesariamente la posición del financiador.

Con el apoyo de la Agencia Catalana de Cooperación al Desarrollo.



**Generalitat
de Catalunya**

Sabernos en la urgencia

El resultado ha sido sacar a la luz un hecho imponente y terrible: son pocas las mujeres que pueden afirmar que no han sido víctimas, alguna vez en sus vidas, de una agresión sexual frustrada o consumada.

Angela Davis, Mujeres, raza y clase

En verano descubres que hay mujeres, cada vez más, que se han despojado de la vigilancia patriarcal, es el modo de colocar su cuerpo, su presencia, la manera en que lo disfrutan tomando el sol en la piscina. En verano es cuando el desafío de la felicidad de los cuerpos no normativos se expresa, son todos aquellos cuerpos que el patriarcado sitúa fuera de la norma, son todos aquellos cuerpos que han aprendido que la norma patriarcal no es otra cosa que una construcción de la cual es posible y saludable prescindir. Estos son modelos importantes para todas, también para las niñas que juegan a imaginarse adultas. Estos son modelos que tenemos que gestar y compartir para cambiar el presente que habitamos y es por eso que trabajar desde el cuerpo se convierte en una práctica tan necesaria.

Aprender que tu cuerpo, por una cosa o por otra, es inadecuado según los parámetros que establece el canon patriarcal es muy cansado y un lugar desde el cual se alimenta la autocensura que nos limita en la aventura de explorar aquello que nos gusta. La violencia sexual es el ecosistema social y cultural que inscribe el sentido y el significado de la sexualidad humana dentro del sistema patriarcal y determina las sanciones sobre los cuerpos de las mujeres. La violencia sexual es el modo en que el patriarcado nos disciplina y limita la relación con el propio cuerpo, es una estrategia de colonización y expropiación que tiene por objetivo obstaculizar la práctica política de las mujeres.

De la misma forma que la violación fue un elemento institucionalizado de la agresión llevada a cabo contra el pueblo vietnamita, diseñado para intimidar y para aterrorizar a las mujeres, los propietarios de esclavos alentaron la utilización terrorista de la violación con el objetivo de poner a las mujeres negras en su sitio. Según el razonamiento que pudieron haber seguido los propietarios de esclavos, si ellas habían alcanzado un sentido de su propia fuerza y habían desarrollado un poderoso impulso a resistir, las agresiones sexuales les recordarían su feminidad esencial e inalterable. Según la visión machista de la época, esto significaba pasividad, obediencia y debilidad. Prácticamente todas las narrativas de los esclavos del siglo XIX contienen referencias a la victimización sexual de las esclavas a manos de los amos y de los capataces. A pesar del testimonio de los esclavos sobre la elevada incidencia de la violación y de la coerción sexual, la literatura tradicional sobre la esclavitud ha silenciado casi por completo el tema del abuso sexual.

Angela Davis, Mujeres, raza y clase. (pagina 33)

El impacto de la violencia sexual es singular – en la vida de cada mujer – y colectivo en su misión social: disciplinar a las mujeres, sus cuerpos, sus comportamientos sus anhelos para que no se salgan de la norma y cumplan los mandatos que el patriarcado les ha asignado. La violencia sexual precisa de espacios comunitarios para su proceso de sanación y de erradicación. Erradicar significa sacar de raíz, e ir a la raíz de la violencia sexual supone analizar el patriarcado de arriba abajo hasta llegar a descifrar su arquitectura más íntima, aquella que es más difícil de observar y de desvertebrar: la violencia sexual. La intersección es fundacional y funcional: el patriarcado para mantenerse como sistema hegemónico requiere de la violencia sexual como sistema de vigilancia y de imposición..

La violencia sexual precisa de espacios comunitarios para su proceso de sanación y erradicación

(...) la violencia expresiva engloba y concierne a unas relaciones deter–minadas y comprensibles entre los cuerpos, entre las personas, entre las fuerzas sociales de un territorio. Es una violencia que produce reglas implícitas, a través de las cuales circulan consignas de poder (no legales, no evidentes, pero sí efectivas).

Rita Segato, La escritura en el cuerpo de las mujeres asesinadas en Ciudad Juárez

Las palabras son una herramienta difícil para explorar el impacto y el dolor que la violencia sexual tiene en la vida de las mujeres. No es nada fácil hablar, quizás porque a veces todo es muy confuso, quizás porque hemos aprendido – en relación con la sexualidad – a sentir vergüenza, pensarnos en el binomio imposible que construye el arquetipo de la puta y la santa, evitar dar pie a malentendidos y culparnos cuando negociamos sexo por vida, tal y como explica Inés Hercovich, pues conocemos de qué es capaz la cólera masculina desde que somos muy pequeñas.

Y, aun así, aunque sea una experiencia compleja, buscar la forma en qué podemos acompañar a sanar el dolor de la violencia sexual es un movimiento necesario y radical, tal y como comprobamos con el movimiento #MeToo, las mujeres de todo el mundo compartieron su vivencia para situar que la violencia sexual no es algo que se inscribe de forma singular, sino que es una agresión permanente y persistente contra todas las mujeres, que hay que señalar y que atenta contra nuestra libertad.

“Porque hemos sido socializadas a respetar más al miedo que a nuestras necesidades de tener un lenguaje y una definición, y mientras esperamos en silencio por el lujo definitivo de ‘estar sin miedo’, el peso de ese silencio nos va a asfixiar.”

Audre Lorde

La violencia sexual forma parte de la memoria colectiva de las mujeres, a pesar de que la historiografía oficial no la sitúe dentro de los contenidos curriculares mainstream, aquellos que buscan fijar la convención de la certeza y derogan la verdad que se inscribe en los cuerpos, en la experiencia cotidiana que es sobre-

vivir. El patriarcado instauró la violencia sexual como estrategia de control del cuerpo y de la sexualidad de las mujeres y, desde esta jerarquía de poder, ha legislado los usos sociales, las costumbres y los límites de la convención de aquello que puede ser respetable y de aquello que puede ser creíble. i d'allò que pot ésser creïble.

El patriarcado es un sistema que se inscribe y se aprende en el proceso de socialización diferencial de género. El patriarcado nos instruye desde que nacemos: estereotipos, roles y mandatos de género... y, en relación con la violencia sexual, los aprendizajes que nos propone el patriarcado tienen por misión perpetuar esta violencia como estrategia de vigilancia del sistema. Así pues, podemos afirmar que la violencia sexual es una estrategia fundacional y funcional del sistema patriarcal y, para erradicarla, es imprescindible activar el proceso de cambio del sistema.

Por regla general, en Estados Unidos y en otros países capitalistas, las leyes contra la violación fueron originalmente formuladas para proteger a los hombres de las clases altas frente a las agresiones que pudieran sufrir sus hijas y sus esposas.

Angela Davis, Mujeres, raza y clase

Audre Lorde escribe: *las herramientas del amo nunca desmontarán la casa del amo*. Y esta es la razón por la cual nos es necesario enfocarnos en el trabajo de buscar y gestar las herramientas que pueden acompañarnos a sanar el daño y los impactos que la violencia sexual tiene en nuestras vidas. Sanar es una palabra que hemos aprendido de las compañeras de la Colectiva actoras de Cambio. Una palabra que trae al mundo una práctica política feminista urgente y necesaria: apropiarnos de nuestro cuerpo, conectarnos desde el goce al sentido de lo que somos y de lo que hacemos, trascender el patriarcado como sistema que pretende ordenarnos la vida, acompañarnos las unas a las otras en estos procesos y gestar los espacios para poder sanar la violencia sexual.

Impulsamos un proceso político y social de largo plazo para romper el silencio, la culpa, y realizar un trabajo de memoria y sanación entorno a los crímenes sexuales cometidos sistemáticamente contra mujeres mayas y mestizas durante la guerra y la actualidad. Al reapropiarnos juntas de nuestra voz, nuestro cuerpo, nuestra historia y la confianza en la vida, afirmamos nuestra humanidad, nuestra dignidad, y recuperamos nuestra legitimidad. Las redes de solidaridad y defensa que hemos tejido entre sobrevivientes permiten involucrarnos en acciones colectivas dirigidas a erradicar la violación sexual y transformar las condiciones de las mujeres, en el territorio en el que vivimos; ya no como víctimas, sino como actoras de Cambio.

Sobrevivir a la violencia sexual es un acto de vida y de insumisión al patriarcado.

Las compañeras de la Colectiva Actoras de Cambio y su práctica sitúan la sanación como un proceso político transformador, un proceso que nos permite salir de la lógica del patriarcado y gestar nuevos significados para nombrar la experiencia y situar la propia práctica política más allá de aquello que la lógica del sistema ha previsto como horizonte de posibilidad.

Aprender con ellas este lugar de práctica política ha sido un movimiento de sentido propio, sobre todo en la manera de relacionarnos y acompañar a las mujeres y sus procesos. Hacer un cambio de sentido en la práctica de sobrevivir a la violencia sexual es importante, puesto que este cambio de sentido la ordena y la vuelve política. Sobrevivir a la violencia sexual es un acto de vida y de insumisión al patriarcado.

Facilitar este espacio de trabajo aquí, arriesgar lo conocido y confiar en una misma y en las otras mujeres, en la destreza para conducir con cuidado, gestar un espacio de confianza y seguridad, hacer que pase... cuántos nervios. Y, sobre todo, qué reto tan grande: convocarnos las unas a las otras para sanarnos, para sobrevivir la violencia sexual, una experiencia tan cercana al cuerpo de las mujeres. Todos los días, en todos los patriarcados del mundo y en todas las organizaciones que son estructuras del sistema.

Sabemos de la violencia sexual, la violencia sexual está documentada y sus estadísticas son conocidas y publicadas cada 25 de Noviembre en los medios de comunicación. Pero no para. La violencia sexual sigue, invade nuestras vidas, las rompe. Y, aun así, seguimos. Sobrevivir a la violencia sexual es un proceso, una práctica política de las mujeres en todo el mundo y desde siempre, y es importante recoger y sembrar.

La violencia sexual es difícil de decir en palabras y lo que rompe es difícil de explicar. No es nada fácil hablar. Hacerlo representa acoger la vulnerabilidad de no ser creída, o de ser responsabilizada y juzgada. Hablar de violencia sexual es difícil y, a veces, los procesos pueden ser otros. Conectar con el cuerpo y reconocer el camino. Acompañar la decisión de cada una. Los silencios.

Existen muchas clases de poder; los que se utilizan y los que no se utilizan, los reconocidos o los que apenas se reconocen. Lo erótico es un recurso que reside en el interior de todas nosotras, asentado en un plano profundamente femenino y espiritual, y firmemente enraizado en el poder de nuestros sentimientos inexpressados y aún por reconocer. Para perpetuarse, toda opresión debe corromper o distorsionar las fuentes de poder inherentes a la cultura de los oprimidos de las que puede surgir energía para el cambio. En el caso de las mujeres, esto se ha traducido en la supresión de lo erótico como fuente de poder e información en nuestras vidas.

Audre Lorde, Usos de lo erótico: lo erótico como poder.

Amasar en presencia

Fueron muchos días de pensar las dinámicas, de colocarlas y reflexionarlas, de decidir cómo hilvanar con hilo un día que sabíamos imprevisible. Tenerlo todo listo y saber que todo podía cambiar en cualquier momento. Ponernos disponibles y en presencia.

Durante el taller, para conectar con el cuerpo, hicimos muchos espacios de meditación y trabajo corporal, música y ejercicios de movimiento que hemos aprendido de la práctica de las compañeras de la Colectiva Actoras de Cambio. Fuimos 13 mujeres más las dos facilitadoras y compartimos toda la jornada con el propósito de limpiar y sanar, cada una en su propio proceso y, al mismo tiempo, en relación de confianza con las otras, sabedoras que nos necesitamos para tejer alianzas y acompañarnos.

Uno de los objetivos principales de la sesión se ha enfocado en el trabajo de reconexión con una misma. Uno de los efectos de la violencia sexual es la desconexión y el fraccionamiento de una misma. A veces,

sostener los efectos de la violencia sexual pasa por la disociación del propio cuerpo y de la realidad que nos rodea, asumiendo un automatismo vital que nos enferma. Como afirma la feminista comunitaria Lorena Cabnal: desde los cuerpos es donde se han construido las opresiones del sistema patriarcal, el colonialismo, el racismo, pero también en el cuerpo es donde radica la energía vital. Y, en este movimiento de reencontrarnos y celebrarnos, en este reencuentro con la propia corporalidad, es donde hemos puesto la atención del trabajo que hemos llevado a cabo en este Taller. un automatismo vital que nos emmalalteix. Como afirma la feminista comunitaria Lorena Cabnal: *desde los cuerpos es donde se han construido las opresiones del sistema patriarcal, el colonialismo, el racismo pero también en el cuerpo es donde radica la energía vital.*

Durante toda la jornada nos hemos nombrado y hemos colocado la intención en gestar un espacio relacional que nos permitiera superar las dinámicas que se instauran cuando trabajamos desde la jerarquía como lugar de significación en relación con las otras mujeres. La horizontalidad – tal y como señalan las compañeras de la Colectiva Actoras de Cambio – es un camino de muchos desafíos, es desnudar el corazón y no conformarse con la imagen, es saber que es vital que las mujeres nos nutramos unas a otras con nuestros poderes y saberes, reconociéndonos con amor, y celebrando que todas crecemos y nos expandimos.

Trabajar desde la horizontalidad es un reto, sobre todo aquí, en nuestra casa, donde las jerarquías del patriarcado han modelado las formulas organizativas de muchísimos espacios, hasta el punto que sentimos que no hay otra manera de funcionar que no pase por este principio de clasificación que nos sitúa en la dificultad de no poder reconocer a la otra y reconocernos las unas a las otras.

La mañana ha empezado con un espacio de bienvenida, un tiempo para que todas llegáramos con calma y nos fuéramos colocando. Para la dinámica del Taller era muy importante que todas pudiéramos empezar a la vez y que las dinámicas se pudieran conducir sin interrupciones. Queríamos garantizar un clima de intimidad que favoreciera que todas nos sintiéramos cómodas y seguras con lo que íbamos a trabajar y a compartir.

Iniciamos con una pequeña meditación que vamos repitiendo y las mujeres, poco a poco, se van incorporando al círculo: **Yo hoy estoy aquí para ser, y para compartir, hasta donde pueda decir y me haga bien abrir.** La idea es que con este inicio nos podamos conectar con la decisión libre de estar aquí, conservar la seguridad de implicarse en la propia medida, abrirse al grupo desde el propio ritmo. **Tránsito desde lo individual al espacio comunitario.**

A continuación, las dos mujeres que acogemos – en este Taller – el rol como facilitadoras explicamos la metodología y sobretodo la genealogía del trabajo. Este espacio es necesario para tejer el vínculo de confianza, aquí es donde nos colocamos en el rol de la facilitación y solicitamos de manera expresa la confianza del grupo como facilitadoras. La confianza no se puede dar por supuesta, se tiene que gestar y se tiene que explicitar. Es importante que en el grupo quede claro que hay quién toma la responsabilidad de cuidar que el espacio sea seguro y de acompañar el proceso. Confiar en que el grupo y cada una se compromete a respetar lo que es importante para cada una.

Creamos entre todas el círculo y a continuación cada mujer dice en voz alta algo que la hace sentir segura: no juicio, escucha, no comparar, no interrumpir... y vamos avanzando, este espacio es un espacio que construimos desde el anonimato porque cada mujer que participa lo hace de manera singular pero también desde una dimensión comunitaria, puesto que trae todas las vivencias de sus ancestas y todo lo significado desde las propias genealogías.

Entre todas creamos un contexto de confortabilidad. Empezamos dando la bienvenida a la Diversidad y pedimos que cada una se ponga cómoda con lo que ha traído: cojín, esterilla, en la silla... dentro del círculo de Seguridad. Lo que nos trae el trabajo de sabernos diversas es la desarticulación de los estereotipos que hemos construido socialmente alrededor del concepto de víctima. Es desde la singularidad de cada mujer, poniendo en valor y en aprecio la singularidad de cada una de las mujeres, que construimos la diversidad como riqueza.

Avanza la mañana con diferentes propuestas y acabamos con la performance de las bayetas. Es un acto que quiere significar el trabajo de limpieza, un movimiento para conectar con la propia fortaleza y reconocer a nuestras ancestas, que se encontraban para limpiar la ropa en el río o en los lavaderos públicos. Estos eran espacios en que las mujeres tejían comunidad y se acompañaban las unas a las otras a hacer camino, muchas veces en medio de contextos hostiles y difíciles en que la violencia sexual era silenciada, como estrategia de supervivencia.

Hablamos de cómo nos hemos sentido, compartimos abrazos y nos damos espacio para poder digerir todo lo que ha pasado por nuestro cuerpo. Para algunas ha sido un momento muy especial, para otras un tránsito doloroso.

Es la hora de la comida y este momento nos permite conocernos mejor, sabernos y preguntarnos sobre lo que más nos inquieta y nos interpela. Es un momento especial porque la comida nos acerca a la experiencia del placer y del cuerpo y nos da la oportunidad de nutrirnos en un acto que el patriarcado nos censura: disfrutar del acto de alimentarnos. El patriarcado nos ha impuesto la dieta como itinerario obligatorio para cumplir con el canon de belleza. Quizás por esta razón apropiarnos juntas del placer de la comida y compartirlo es, en él mismo, un acto de desobediencia, una acción de radicalidad política que diluye un poco los mandatos patriarcales que hemos integrado y nos condicionan el vivir y la libertad.

Una cultura obsesionada con la delgadez femenina no está obsesionada con la belleza femenina, sino con la obediencia femenina. La dieta es el sedante político más potente en la historia de las mujeres; una población loca en silencio es un grupo tratable. (...)

La "belleza" es un modelo cambiario, como el patrón oro. Como cualquier economía, está determinada por la política, y en la era moderna occidental es el último y el mejor de los sistemas de creencias que mantienen intacta la dominación masculina. Al asignar valor a las mujeres en una jerarquía vertical de acuerdo a una norma física impuesta culturalmente, se expresan relaciones de poder en las cuales las mujeres deben competir por los recursos que los hombres se han apropiado. (...)

El mito de la belleza no habla para nada de las mujeres. Habla de las instituciones de los hombres y de su poder institucional.

Naomi Wolf, El mito de la belleza

Nos volvemos a poner, empezamos la tarde con un espacio de palabra y presentamos una acción de trabajo que abre a participar de la experiencia de reapropiación del propio cuerpo, cada una desde su propia

realidad y desde su propia vivencia. Es una propuesta que tiene el deseo de llevar conciencia a las limitaciones que nos impone el patriarcado y a hacer uso de la potencia creativa que representa reapropiarnos de aquello que en principio nos censura. Es una acción que arranca con timidez pero que poco a poco crece en ritmo y astucia.

Es bien cierto que las mujeres, en los espacios comunitarios que tejemos, encontramos las herramientas y la agencia para transformar los significados y autorizarnos la voz para nombrar y para dar sentido y medida al mundo que habitamos, desde un orden simbólico que está fuera del patriarcado. Y, para podernos sanar del dolor y del daño sabemos de la importancia de conectarnos con el cuerpo y con la experiencia encarnada del placer, del propio placer de vivir libres de patriarcado.

Acabamos, antes de cerrar el taller y despedirnos, con un papel de seda y un lápiz y la firme voluntad de escribir o dibujar, de significar de alguna manera, todas aquellas cosas que nos duelen y de las que queremos desprendernos, aquello que nos estorba y que ya no queremos llevar dentro de la mochila que cargamos en la espalda. Lo apuntamos todo y tiramos el papel dentro de una olla. Este es un gesto que quiere recordar a todas las mujeres que fueron asesinadas bajo la acusación de brujería, un acto de recuerdo y de memoria histórica. Y después bailamos, juntas, porque nos sentimos dueñas y señoras de nosotras mismas. Con el cuerpo conectado y con la energía que hemos conseguido condensar nos decidimos a quemar y echar todos los miedos, todos los fantasmas y todo aquello que nos hace daño y que hemos apuntado en los papeles que acaban siendo ceniza dentro de la olla.

Durante el Taller no hemos entrado a explorar los relatos explícitos que recogen la vivencia de cada mujer, las agresiones sexuales que cada una hemos sufrido y la forma en cómo nos han socavado o nos han roto el cuerpo y el alma, justamente porque lo que el Taller quiere mostrar es que hay otras maneras para sanarnos y acompañarnos en el proceso de sobrevivir a las violencias sexuales. Sentimos que el Taller es testimonio y que es importante seguir trabajando en esta línea.

Cerramos la sesión y nos despedimos. Marchamos con el cuerpo removido, con más energía y con el deseo de compartir con otras mujeres lo que hemos vivido durante el Taller.